



«Porque es eterna su misericordia»

Este es el tiempo de la misericordia. Deseo de corazón que os sean útiles estas reflexiones para poder hacer uso de ellas tanto personal como comunitariamente. Tal vez puedan servir de ayuda para vivir con intensidad la Cuaresma y preparar con gozo la Pascua. Y, sobre todo, para que me permitáis acompañaros en este tiempo de preparación y así poder hacerme presente en vuestras vidas.

1. Confiar

La llamada de Jesús a seguirlo no acontece una sola vez; se recrea y activa a lo largo del camino de la vida cotidiana. La respuesta acogedora se expresa en actitud de escucha y obediencia para andar el camino sin condiciones. Nos espera un largo proceso de transformación, que no resulta del esfuerzo titánico de nuestra voluntad, sino de la acción de la gracia en nosotros.

No olvidéis que la iniciativa parte de Jesús: «*El nos amó primero*» (1 Jn 4, 10). Su amor es la fuente del nuestro, y, algo más, es escuela y experiencia, es gracia regalada que nos capacita para amar como Él mismo nos amó. Su amor es el amor del Padre: «*Como el Padre me ha amado así os he amado yo*» (Jn 15, 9). Su amor es «*el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones*» (Rm 5, 5). Sí, Dios nos ama para que nos amemos. El amor no es un tesoro que se guarda, sino una fuerza que se desarrolla y se difunde, un espíritu que se cultiva y se contagia. Nuestra vida entera tiene que estar marcada por el amor de Jesucristo. Dios nos ama para que nos amemos a la manera de Jesucristo.

En el tiempo de Cuaresma, tiempo de gracia, somos peregrinos que caminan hacia la Pascua. Jesús nos invita a seguirle, ¿queremos hacerlo? Su amor nos precede y nos llama ¿qué vamos a responder? Nos acogemos a dos claves fundamentales para adentrarnos en el misterio litúrgico de estos tiempos fuertes de Cuaresma y Pascua: por una parte la llamada a la fe que exige la conversión de volver a la fuente primera y auténtica que es la persona de Jesucristo para conocerle, amarle y seguirle más; y por otra, desde esa fe y como manifestación de la misma, la conversión del corazón, que está llamado a dejar de ser de piedra, duro, rutinario, indiferente e individualista, para ser de carne, contemplativo, sensible, compasivo, solidario, misericordioso y amante de la

justicia. Un corazón que sepa ver, amar, y transformar la realidad para que sea según Dios, como el corazón de Dios quiere que sea.

Es necesario pues abrirse a la gracia. No tanto es hacer, sino dejarse hacer. Abrir todas las puertas para que entre la misericordia. La fe supone creer, escuchar, confiar. Y vivir en esa actitud de confianza plena exige de nosotros humildad, despojo, fortaleza, entrega total. Se trata de vivir la experiencia de misericordia. Pero no podemos darla por supuesta. Los que deseamos seguir a Jesús anhelamos que la fe sea para nosotros suelo firme y esperanza segura: *«La experiencia de la misericordia de Dios nos hace capaces de mirar todas las dificultades humanas con la actitud del amor de Dios, que no se cansa de acoger y acompañar»* (Misericordia et Misera, 14). Jesús ha derramado sobre el mundo la misericordia y la ternura del Padre. Ahora, desde la cruz, se le escapa un torrente inagotable de ternura. Y al decir ternura, decimos amor delicado y bondadoso, decimos perdón y compasión, decimos generosidad y gracia, decimos amistad, fidelidad y misericordia.

2. Misericordia: “don y tarea”

Creo que es muy sugerente esta cita que merece, por nuestra parte, que podamos meditarla, sin prisas, llevarla a la oración e intentar hacerla realidad en la vida de nuestra Diócesis: *«El evangelio de la misericordia divina en Jesucristo es lo mejor que se nos puede decir y lo mejor que podemos escuchar y, al mismo tiempo, lo más bello que puede existir, porque es capaz de transformarnos a nosotros y transformar nuestro mundo a través de la gloria de Dios es su graciosa misericordia. Esta misericordia, en cuanto don divino, es simultáneamente tarea de todos los cristianos. Debemos practicar la misericordia. Debemos vivirla y atestiguarla de palabra y de obra. Así, por medio de un rayo de la misericordia, nuestro mundo, a menudo oscuro y frío, puede tornarse algo más cálido, algo más luminoso, algo más digno de ser vivido y amado. La misericordia es reflejo de la gloria de Dios en este mundo y quintaesencia del mensaje de Jesucristo que nos ha sido regalado y que nosotros, por nuestra parte, debemos regalar a otros [...] Este mensaje de la misericordia divina tiene consecuencias para la vida de todo cristiano, para la praxis pastoral de la Iglesia y para la contribución que los cristianos deben realizar a la configuración de un orden social digno, justo y misericordioso»* (Walter Kasper “La misericordia”)

En la vida cristiana hay una meta que supera todos los demás objetivos, porque es lo más importante y es el verdadero camino de la paz: es la misericordia. Y no tenemos que preguntarnos si somos amados, sino que tenemos que dejarnos amar y aceptar que, aun siendo tan pobres, somos amados.

La misericordia de Dios transforma nuestro corazón haciéndonos experimentar un amor fiel, y nos hace, a su vez, capaces de misericordia. Podemos preguntarnos ¿con qué actitudes percibo al Dios de la misericordia? Tal vez la respuesta podría convertirse en un buen propósito para toda la Cuaresma: para poder percibir, con los ojos del corazón, al Dios de la misericordia, son necesarias la humildad y la plegaria.

3. humildes y orantes

La humildad es la virtud de ser realista ante la vida. Ver aquello en que me he de aceptar y aquello en lo que me he de convertir. Cuando nos hemos dado cuenta de eso nuestro corazón ya está abierto a Dios y presto a participar de su ternura. El que no es humilde nunca apreciará la ternura de Dios. Pídele al Señor, en este tiempo de Cuaresma que te conceda ese regalo: ser humilde. También es necesaria la plegaria. La oración tiene que ser siempre gratuita, y, en último término decirle a Dios: “¡yo sólo quiero estar contigo y ser tu amigo, dame lo que quieras, pero dame, sobre todo y por encima de todo, tu amistad!”. Estos son los dos ojos del corazón. El que es capaz de ser humilde y de invocar a Dios con el deseo de participar en su vida y de su amistad, es el que está en disposición de experimentar la misericordia de Dios. ¿Qué os parece? ¿Nos proponemos, en toda la Diócesis ser un poco más humildes? ¿Nos comprometemos a dedicar, cada día, un buen rato a la oración personal y comunitaria? ¿Nos animamos para ser mejores discípulos y testigos? ¿Buscaremos el Sacramento de la Reconciliación y viviremos el gozo del perdón con todas las personas que nos rodean? No olvides que el discípulo de Cristo tiene que distinguirse por su capacidad de amar: «*Que os améis unos a otros como yo os he amado*» (Jn 15, 13). ¿Y si nos proponemos intentar poner en práctica el mandamiento del amor? Es mi deseo para toda la Comunidad Diocesana, lo vengo repitiendo desde el primer día, que seamos una “gran familia”.

4. Es el tiempo de la misericordia

Os propongo otro texto para poder meditarlo estos días, seguro que puede ayudarnos a cumplir los posibles compromisos sugeridos anteriormente: «*Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios que guía nuestros pasos con el poder de la gracia que el Espíritu infunde en el corazón para plasmarlo y hacerlo capaz de amar. Es el tiempo de la misericordia para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. Es el tiempo de la misericordia, para que los débiles e indefensos, los que están lejos y solos sientan la presencia de los hermanos y las hermanas que los sostienen en sus necesidades. Es el tiempo de la misericordia, para que los pobres sientan la mirada de respeto y atención de aquellos que venciendo la indiferencia, han descubierto lo que es fundamental en la vida. Es el tiempo de la misericordia, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del Padre que acoge y abraza siempre*» (Misericordia et Misera 21).

La misericordia es experiencia existencial, ante todo y primariamente un regalo de Dios que hemos de aceptar y que ya está sembrado en nuestra existencia. «La misericordia es una emoción apasionada, entrañable y tierna de solicitud por los demás. Sin embargo, muchas veces el dinamismo de la misericordia es más un “estar” que un “hacer, más un “escuchar” que un “hablar” sin que se convierta en una mera inacción... La llamada genera un dinamismo que abre los ojos. Para “ver” hay que ponerse en movimiento» (Sebastián Mora “El dinamismo de la misericordia”). Por eso siempre «*damos gracias al Señor, porque es eterna su misericordia*» (Salmo 136). Pido para toda la Diócesis de Santander un fuerte deseo de amar, de servir, de perdonar,

de construir, de reconciliarse. Concluyo con una bella oración para buscar y experimentar el gozo y la paz que el Señor nos regala.

Quiero ser, Padre, tus manos, tus ojos, tu corazón.
Mirar al otro como Tú le miras:
con una mirada rebotante de amor y de ternura.
Mírame a mí, también, desde esa plenitud
con que Tú me amas, me llamas y me envías.
Lo quiero hacer desde la experiencia del don recibido
y con la gratuidad de la donación sencilla y cotidiana
al servicio de todos, en especial de los más pobres.
Envíame, Señor, y dame constancia apertura y cercanía.
Enséñame a caminar con los pies del que acompaño y me acompaña.
Ayúdame a multiplicar el pan y curar heridas,
a no dejar de sonreír y de compartir la esperanza.
Quiero servir configurado contigo en tu diaconía.
Gracias por las huellas de ternura y compasión que has dejado en mi vida.
En tu Palabra encuentro la Luz que me ilumina.
En la oración, el Agua que me fecunda y purifica.
En la Eucaristía el Pan que fortalece mi entrega y me da Vida.
Y en mi debilidad, Señor, encuentro mi fortaleza cada día.
Amén

Santander, a 14 febrero de 2024
Miércoles de Ceniza

+Arturo Ros Murgadas
Obispo de Santander